



CAPITULO XCIX

La mentira

GERRIBLE debió ser la noche que pasó mi madre política, al convencerse de que las esperanzas que había concebido eran pura ilusión.

El despecho puso en prensa su cerebro, buscando un medio que le ayudase á salir adelante en sus propósitos.

Mas también debo decir á usted que las lúgubres ideas de venganza que se despertaron en ella, fueron momentáneas.

Además, ¿qué mayor castigo podía imponerme que el de destruir todas mis ilusiones?

Lucrecia, á pesar de los consejos de su madre, se mostró seria conmigo durante algunos días, pero pronto volvió á seguir la misma conducta que antes.

En cuanto á doña Margarita, seguía siendo para mí tan amable y cariñosa como siempre.

Pudo impedir que por las noches saliese solo, diciéndome que las acompañase al teatro, mas no lo hizo; y si alguna vez mi padre me invitaba, ella le decía:

—Déjale que se divierta. ¿No comprendes que está más libre y pasa mejor el rato con sus amigos?

Estas frases, como todas las suyas, tenían su objeto, y en aquella ocasión era el impedir que yo sospechase nada de ella.

—Vamos, su madre política era de las que tiran la piedra y esconden la mano,—interrumpió la marquesa.

—Sí, señora; como todos los perversos seguía la misma conducta, herir á traición, que es la manera más cómoda de hacer daño, sin responsabilidad.

Muchos debieron ser los planes que combinó, pero entre todos debió parecerle el más acertado el que voy á referir á usted.

En primer término averiguó dónde vivía Elisa, lo cual le fué bastante fácil: lo mismo que informarse de quiénes eran sus padres.

El de mi amada era magistrado de la audiencia de Madrid, destino que ocupaba hacía pocos meses, pues en atención á los servicios prestados en Oviedo, fué ascendido al indicado cargo.

Llamábase D. Lorenzo Ibáñez, y pasaba entre sus compañeros, como un modelo de rectitud y severidad en el cumplimiento de sus deberes.

Igualmente lo era con su familia, pues pertenecía á esa escuela que se reduce simplemente á permanecer siempre delante de sus hijos con el ceño adusto, siendo de esos padres que creen que el principio de autoridad se relaja si les ven reirse, lo cual no impide que sean muy amantes de sus familias.

Pronto adivinó mi madre política que el carácter de don Lorenzo, era el más á propósito para sus planes, y por lo tanto no vaciló en poner en práctica el que tenía combinado.

Una mañana, sabiendo que don Lorenzo encontrábase en su despacho de la audiencia, por tocarle aquel día de servicio, fué en su busca.

Se hizo anunciar y el magistrado la recibió en seguida.

Hay seres en el mundo que saben dar tal expresión á su semblante, que despiertan la confianza, y mi madre política era uno de ellos.

Al hallarse frente al señor Ibáñez, le dijo con acento confidencial:

—Señor magistrado, antes de venir aquí lo pensé mucho, mas al fin y para evitar mayores males, me he creído en el deber de dar este paso.

—Señora, estoy á sus órdenes; hágame el favor de tomar asiento.

La justicia agradece siempre los servicios que se la prestan.

—No son asuntos judiciales los que vengo á tratar con usted.

No es al magistrado, es al padre de familia á quien voy á dirigirme.

Don Lorenzo quedóse sorprendido al oír estas frases, pues no creía nunca recibir visitas en las que se tratara de asuntos de familia por personas extrañas á ella.

—Usted dirá,—respondió.

—Por más que á usted le parezca extraño lo que voy á decirle y sobre todo el que una señora tome parte en ciertos asuntos, lo hago solamente guiada por la idea de evitar males mayores.

Soy la señora de D. José Alcántara.

Mi esposo, como perfecto caballero que es, no puede permitir que nadie falte á los compromisos que ha contraído con su anuencia, y por lo tanto tendría un hondo pesar, si supiese la conducta que sigue su hijo.

El magistrado quedóse sorprendido al oír aquellas frases, no adivinando á dónde fueran á parar.

Doña Margarita después de estudiar el efecto que produjeron al magistrado, continuó:

—Mi situación en este caso es bastante difícil; soy madre política y si por mí sola tratase de impedir que mi hijo siguiera observando la misma conducta que hasta aquí, no conseguiría nada.

Comprendo que una madrastra, como vos llaman las gentes, carece de autoridad para ello.

Ahora bien puedo poner en conocimiento de mi esposo lo que sucede; ya le he dicho á usted cual es su carácter, habria disgustos en mi casa, dirian después que yo tenia la culpa de ellos, y esto es lo que quiero evitar á toda costa.

Don Lorenzo comenzó á impacientarse, pues iba adivinando la gravedad de aquel asunto.

Doña Margarita, continuó:

—Hace algún tiempo, y desde antes de mi casamiento con Alcántara, su hijo Salvador estaba en relaciones con una joven, cuyo nombre me permitirá usted que omita.

—Está usted en su derecho, señora.

—Tanto mi esposo como los padres de la joven á los que le unen vínculos de antigua amistad, al ver el cariño que sus hijos se profesaban, acordaron solemnemente que se efectuaría su enlace, tan pronto como Salvador terminara su carrera.

Sofía no pudo contener un ademán de repulsión.

—¿Se admira usted?—la preguntó el sacerdote.

—Si, señor. No comprendo como doña Margarita tenia valor para tanto.

Me explico que con usted, que con su esposo emplease todos los medios imaginables, para conseguir su objeto; mas recurrir á la mentira sembrando el dolor en otra familia, es cosa, que la verdad no la esperaba.

—Eso la demostrará á usted que los seres pervertidos no se detienen ante el temor del mal que causan, si de él pueden obtener algún beneficio.

De lo único que en realidad se ocupan, es de impedir que el código penal, pueda envolverlos en sus redes.

Doña Margarita, continuó diciendo al magistrado:

—Hará unos tres meses que la prometida de Salvador y su familia salieron de Madrid, con objeto de pasar una temporada en Andalucía.

Mi hijo, olvidándose de los compromisos contraídos, ha entablado relaciones con una joven muy digna de él, eso sí, pero que en las circunstancias actuales, no puede ser su esposa.

Don Lorenzo, no pudo reprimir un movimiento nervioso, su impaciencia crecía por instantes, y repuso:

—Señora, supongo lo que usted va á decirme.

—Esa joven es mi hija, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

El magistrado, después de dominar su agitación, añadió:

—Pues bien, señora, la doy á usted las más expresivas gracias por su aviso, y apruebo en un todo su conducta.

Sin embargo, usted me permitirá que la haga una pregunta.

¿Está usted segura que su señor hijo político es novio de mi hija?

—Sí, señor, he leído una carta de Elisa, en la que se muestra perdidamente apasionada.

—Y esa carta, ¿la tiene usted?—agregó el magistrado ahogando su enojo.

—No, señor, no me pareció prudente quedarme con ella.

Además, hace algunas noches les ví hablando en el teatro de la Zarzuela.

Estos antecedentes contribuían á aumentar el enojo de don Lorenzo.

Doña Margarita, con objeto de excitarle más, agregó:

—Tanto Salvador como Elisa son muy jóvenes, para creer que sus amores sean verdaderos.

En mi concepto lo que hay es que mi hijo no sabiendo cómo pasar el tiempo, ha pintado á Elisa una pasión que no siente, cosa que á usted no le extrañará, pues en su edad suelen hacerlo todos los jóvenes.

Lo sensible sería que Elisa se enamorara de él, y después recibiese un desengaño.

—¡Qué proceder más repugnante!

Doña Margarita no tenía corazón cuando hablaba de aquel modo,—repuso la enferma.

—El magistrado, después de algunos instantes de silencio, agregó:

—Señora, puede usted estar tranquila, yo interpondré mi autoridad, para que cesen esas relaciones.

No soy amigo de devaneos, y no estoy dispuesto á tolerar que mi hija les tenga con nadie.

—¡Oh! muchas gracias.

No sabe usted cuantos disgustos me evitaré el día que terminen esas relaciones.

—Delas usted por concluidas.

—Es tan difícil sujetar á un hijo político...

—Por lo mismo seré yo quien sujete á mi hija.

Yo también soy partidario de que todo el mundo cumpla lo que promete.

Además, aun no he pensado en casar á mi hija, es demasiado joven para eso.

—Doña Margarita, una vez conseguido su objeto dió por terminada la entrevista, ofreciéndose al magistrado en todo lo que pudiera servirle.

Don Lorenzo, como cumplido caballero, la acompañó hasta la puerta.

—¿Y usted no sospechaba nada?—agregó la enferma.

—No, señora, ya habrá comprendido usted que mi madre política sabía ocultar perfectamente sus intenciones.

Yo era entonces muy feliz para sospechar que mi dicha pudiera terminarse de repente.

—Es cierto, la felicidad adormece el instinto de previsión,—añadió Sofía.

—Por respetos á la señora y por educación, don Lorenzo contuvo su disgusto delante de mi madrastra; pero al quedarse solo se reflejó en su semblante el enojo de que se hallaba poseído.

Ya no le era posible continuar sus trabajos, y deseaba cuanto antes hallarse en su casa para hacer sentir á su esposa é hija el peso de su autoridad.

Recogió cuantos documentos tenía encima de su mesa, y salió del despacho.

—¡Pobre Elisa!—exclamó Sofia, recordando el tiempo en que amó con toda su alma, y la primera contrariedad sufrida en sus amores.

—¡Infeliz! era una victima más.

Estaba ligada á mí y por lo tanto debía sufrir las consecuencias de la perfidia que nos acechaba.

Mi madre política, sabiendo el espíritu recto del magistrado, no tuvo inconveniente en inventar la historia de mis amores con otra joven, segura de que de esta manera le obligaría á proceder de un modo más enérgico.

La maldad todo lo explota,—terminó el padre Salvador suspirando con tristeza.





CAPITULO C

Dolores que hacen reir

AL llegar á su casa don Lorenzo, se encerró en el gabinete de su esposa, y con acento severo, la dijo:

—Parece mentira que una madre vigile tan poco como tú lo haces, la conducta de su hija.

La buena señora, juró que hasta entonces, no sólo no tenía la menor queja de Elisa, sino que estaba muy satisfecha de su proceder.

Esta contestación puso fuera de si al magistrado que la respondió:

—Señora, yo, sin tener el deber que usted tiene, sé que Elisa está en relaciones amorosas con un estudiante.

Relaciones que no estoy dispuesto á tolerar, pues no me gustan los devaneos.

El magistrado dió un grave disgusto á su señora, y la infeliz sufrió aquella tarde lo que no es decible.

Sus lágrimas y sus justificadas disculpas, sólo sirvieron para aumentar el enojo de don Lorenzo.

—Tal vez á aquellas horas doña Margarita se sentiría satisfecha y alegre,—interrumpió la enferma.

—En esa parte no se equivoca usted.

Su júbilo no tenía límites al ver el buen resultado de la mentira empleada, y tanto es así, que volvió á recomendar á Lucrecia que redoblase sus atenciones para conmigo.

El magistrado, deseando terminar cuanto antes aquella cuestión, llamó á su hija.

La joven, al ver la severidad de su semblante, púsose á temblar.

Su padre, empleando un acento severo, la dijo:

—Necesito que sin embajes ni rodeos, respondas categóricamente á mis preguntas:

¿Tienes novio?

Las mejillas de la joven se tiñeron de rubor, y después de un instante de vacilación, repuso:

—No, papá.

—¿Qué no? No finjas.

Tus negativas son inútiles.

La joven rompió á llorar amargamente y después de muchas vacilaciones, añadió:

—Sí, señor; estoy enamorada.

—¿Qué estás enamorada? ¿y de quién?

—De un joven que estudia la carrera de derecho, — repuso Elisa con humildad.

—Devaneos, ganas de perder el tiempo.

Más le valiera á ese mono ocuparse solamente de sus libros, y á tí aprender muchas cosas que no sabes.

No faltaba más, que yo tolerase semejantes relaciones en una niña de quince años.

Temprano empiezas á darme disgustos; pero ten en cuenta que no estoy dispuesto á sufrirles.

No tienes tú la culpa de lo que sucede, sino quien te tolera ciertas cosas.

—La pobre Elisa miró á su padre con asombro.

La infeliz no comprendía que pudiera cometer ninguna falta amándome; sus sentimientos eran castos y yo la idolatraba con el espíritu, más que con los sentidos.

Don Lorenzo agregó:

—Inmediatamente olvida á ese muñeco, y no vuelvas á acordarte de él para nada, si no quieres incurrir en mi enojo.

—¡Papá, si le quiero tanto!

—¡Tonterías! A tu edad aun no puedes saber lo que son esas cosas.

No faltaba más que tuvieras relaciones sin mi consentimiento.

Cuando estés en edad de contraer matrimonio, lo harás á gusto mío.

La joven fué á responder, mas su padre la interrumpió:

—Te lo mando y basta.

Cuidadito con que yo sepa que vuelves á hablar con ese chico.

Y dirigiéndose á su esposa, añadió:

—Desde hoy mi hija no sale de casa para nada; ciertas amistades es necesario que terminen.

No quiero amigas que vengan á buscarla para ir al teatro, y la invitación sirva de pretexto para hablar con el novio.

Después de esta escena, madre é hija quedaron solas.

La infeliz Elisa arrojóse en los brazos de la que le había dado el sér, con el semblante anegado en lágrimas.

—¡Yo no puedo olvidar á Salvador!—la decía.—¡Le quiero mucho!

Pero la pobre señora, conociendo el carácter duro de su esposo, procuraba consolarla, pero al mismo tiempo aconsejábala que me olvidase.

¡Infelices! Cada vez que recuerdo lo mucho que han sufrido, no puedo contener las lágrimas que acuden á mis ojos,—terminó el padre Salvador enjugando las que humedecían su semblante.

—Parece mentira que don Lorenzo procediese de aquel modo, pues por el puesto que desempeñaba debía tener más conocimiento de lo que es el corazón humano, y saber que no es con mandatos como se ahogan las pasiones,—interrumpió Sofía.

—Es verdad; mas en él estaba encarnado de tal modo el espíritu de autoridad, que creía que el corazón obedece lo mismo que la máquina en manos del mecánico que la rige.

No comprendía que obrando de aquel modo, aumentaba el amor de Elisa.

Don Lorenzo, tan pronto como salió de su casa, fué á ver al presidente de la Audiencia; habia concebido un proyecto para impedir que Elisa continuara sus relaciones conmigo, y queria ponerle en práctica sin pérdida de tiempo.

Al día siguiente de suceder lo que acabo de referirla, llegó la hora acostumbrada de mis citas con Elisa, y me puse á pasear la calle sin apartar mi mirada de sus balcones.

Mas el tiempo transcurría sin que ella apareciese.

Creendo que me había adelantado, consulté el reloj y vi que eran las cinco y media, es decir, cerca de una hora más de la que teníamos señalada.

Como buen enamorado, continué paseando la calle.

Pero viendo que mi amada no aparecía en el balcón, comencé á impacientarme.

Como no era de esas coquetas que las gusta que el novio se pase las horas arrimado á una esquina aguardándolas, llegué á sospechar si estaría enferma.

Su ausencia para mí no tenía otra explicación.

Además, nosotros habíamos convenido que las tardes que por cualquiera circunstancia no pudiese asomarse, me lo indicase poniendo como señal un pedazo de cinta atado en uno de los hierros del balcón.

En él no había nada aquella tarde.

No pude más, y devorado por la impaciencia, y sabiendo que las porteras están dispuestas á servir á los enamorados, siempre que se lo paguen bien, penetré en la portería.

Mi primer saludo fué poner en manos de la guardiana de la casa un duro, diciéndola:

—Yo soy el novio de la señorita Elisa.

—Ya lo sé; le conozco á usted de verle pasear por la calle.

—Pues bien, desearía que usted me dijera si está enferma, pues hace más de una hora que estoy esperándola y aun no se ha asomado.

La portera, después de sonreirse al conocer mi falta de experiencia en mi modo de preguntar, me contestó:

—¿Pues qué? ¿No sabe usted lo que pasa?

—¡Qué sucede!—repuse con sobresalto.

—Que la señorita Elisa no está en casa, salió anoche en compañía de su padre y no han vuelto.

—¡Qué salió anoche!

—Sí, señor, y ya no está en Madrid.

—¿Y dónde han ido?—agregué con el alma llena de angustia.

—No sé; pero oí á don Lorenzo que dijo:

—A la estación del Norte,—terminó la portera guardándose el duro.

No sé lo qué en aquel instante pasó por mi, ni es posible que pueda definirlo.

¡Me parecía que habian descargado sobre mi cabeza un tremendo golpe!

Salí de la porteria con paso vacilante, como si estuviese beodo.

Sin rumbo fijo anduve por la calle hasta que el aire serenó mi cabeza.

Me parecía imposible que Elisa saliera de Madrid sin enviarme una carta de despedida.

Cegado por el dolor, en aquel momento la llamé ingrata, y hasta me prometí olvidarla.

Sofía se sonrió, añadiendo:

—Esa promesa se la hacen todos los enamorados así que sufren la primera contrariedad.

—Pero ¡ay! pronto comencé á disculparla, y me dije: no habrá tenido tiempo, y estoy seguro que tan pronto como pueda me escribirá.

—Aquella marcha, ¿obedecería á la entrevista que tuvieron don Lorenzo y su madre política?—añadió la enferma.

—Sí, señora; el magistrado, queriendo cortar mis amores con su hija, juzgó que el mejor medio era sacar á Elisa de Madrid.

—Es el sistema que suele emplearse en estos casos.

—Cansado de pasear, regresé á mi casa: mi madre política debió tener noticia de lo sucedido, pues al verme entrar me dijo cariñosamente:

—¿Estás enfermo?

Vienes muy descolorido ¿Te ha sucedido algo?

—No, señora;—contesté lleno de disgusto, temiendo que adivinase lo que me sucedía.

—Mira, es inútil que te empeñes en negarlo; te se conoce á la legua.

¿Por qué no te acuestas?

—¡Pero si no me duele nada, si estoy bueno!—añadí.

—Mamá tiene razón. Además, te se conoce en la cara, —insistió Lucrecia.

Parecía que ambas se habían puesto de acuerdo para abrumarme con sus palabras, precisamente en los momentos en que yo deseaba estar solo para dar rienda suelta á mi dolor.

Mi madrastra me dijo que parecía mentira que procediese de aquel modo, demostrando con mis negativas que no me inspiraban confianza.

Al fin, y porque me dejasen tranquilo, tuve que decirles que me sentía algo nervioso y tomar una taza de tila que me preparó Lucrecia.

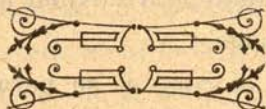
Con esto comprenderá usted hasta dónde llegaba el cinismo de mi madre política.

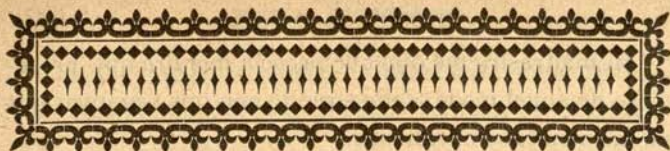
Después de causar el daño, quería ver el efecto que me produjo.

—Ya veo que su hipocresía y mala fe eran ilimitadas.

Tal vez entonces estaría riéndose en su interior de los dolores que usted sufría,—añadió la enferma.

—Es la costumbre de los malvados, y doña Margarita no podía ser una excepción.





CAPITULO CI

Cayó la venda

QUANTOS esfuerzos hice aquella noche para conciliar el sueño fueron inútiles, prosiguió el padre Salvador.

 Mi espíritu hallábase poseído de febril agitación, y me esforzaba en vano para adivinar la causa del repentino viaje de mi amada.

 ¡Quién sabe si al conocer su paradero, obedeciendo solamente á los impulsos del amor, hubiese ido en su busca!

 Aquella contrariedad me desgarraba el alma, y con objeto de mitigar mis sufrimientos, me hice mil reflexiones, pero todas en vano.

 Entre la razón y el sentimiento, habiase entablado una

terrible lucha, de esas que enloquecen y dejan en el semblante impresos sus huellas.

—¡Ay, padre! Era la primera contrariedad que sufría usted en sus amores.

La primera copa de hiel que apuraban sus labios, y por esta razón le parecía á usted más amarga,—exclamó la marquesa.

—¡Es verdad, hija mía! Hasta entonces era casi feliz; en el cielo de mi dicha no se habían presentado más que ligeras nubecillas que veía deshacerse con facilidad.

Dominado por el peso del dolor, llegué á pensar si Elisa se olvidaría de mí, y entonces pedía á Dios con toda mi alma que me quitase la existencia; único modo en mi concepto de acabar con mis pesares.

Mas recordado lo apasionado de sus frases, aquella mirada que me dirigió al despedirme de ella en la puerta del teatro y que aun tenía impresa en mi corazón, me dije:

—¡Imposible! Elisa me ama con toda su alma, ella no es una coqueta que juega con el corazón y olvida en un momento al que ha jurado amar toda su vida.

Encariñado con esta idea, adopté una resolución.

Recordé la conferencia tenida con mi padre y me dije:

Afortunadamente, mi padre aprueba mis amores, no quiere contrariar mi inclinación y él me ayudará á encontrar á Elisa.

Una sonrisa de dolor se dibujó en los labios de Sofia.

También ella en otro tiempo abrigó la creencia de que

su padre, nunca la obligaría á casarse con un hombre que no fuese el elegido por su corazón.

El sacerdote, prosiguió:

—Apenas la luz del nuevo día penetró en mi estancia, me arrojé del lecho.

Como aun faltaban algunas horas para que mi padre se levantase, con objeto de entretener el tiempo, me puse á estudiar.

Pero ¡ay! los libros no mitigaban mi impaciencia y es imposible describir cuán largas se me hicieron y lo mucho que sufrí durante aquellas horas.

Por fin oí la voz de mi padre que conversaba alegremente con su esposa.

¡Gracias á Dios!—me dije.—Y siguiendo los impulsos de mi impaciencia me dirigí á su despacho.

En el momento de penetrar en la estancia, me encontré con doña Margarita que salía.

Al verme me dirigió una mirada investigadora, tratando de adivinar lo que me sucedía, lo cual no le fué difícil, puesto que yo no me cuidaba de ocultar mis impresiones.

No obstante, la resolución que había adoptado, al hallarme delante de mi padre sentí que me faltaba el valor.

—Buenos días,—me dijo alegremente.

Parece que te has vuelto mudo. Entras aquí sin saludarme.

—Dispensa, papá. Iba á hacerlo, pero te has adelantado.

—Vamos, hombre, siéntate.

¡Gracias á Dios que dejas alguna mañana de salir á paseo para hacerme compañía!

Obedeciendo la indicación me senté á su lado.

—¿Qué me dices?

¿Te diviertes mucho estos días?

Estas palabras me hicieron levantar la cabeza y dirigir sobre él una mirada de dolor.

Al ver las profundas ojeras que surcaban mi semblante y la expresión de tristeza que reinaba en él, me dijo con inquietud:

—¿Qué te pasa!...

¿Estás enfermo?

¿Qué ocurre? Si ayer tarde tenías tan buen color y saliste de casa muy alegre.

—¡Ay, papá! No puedes imaginarte lo que sufro.

Mi corazón está hecho pedazos,—respondí frenéticamente á la vez que de mis ojos brotaron algunas lágrimas.

Estas frases sorprendieron á mi padre, que después de contemplarme con extrañeza, añadió:

—¿Qué tienes destrozado el corazón!

¿Tú sabes lo que acabas de decir?

—Sí, papá,—añadí con firmeza.

No puedes figurarte cuán terrible ha sido para mí la noche última.

—Ya te conozco en los ojos que no has dormido; mas

eso no tiene nada que ver con el corazón,—repuso intencionadamente.

Viendo que no le respondía, añadió:

—Dime lo qué te ocurre.

Ya sabes que á mí me gusta que me trates con entera confianza, que no me ocultes nada de lo que te sucede y si está en mi mano el remedio á tu mal, cuenta con él.

Estas frases me animaron algún tanto, y desechando el temor que me embargaba, respondí:

—Hace algunos días me preguntastes si estaba enamorado y te contesté que sí.

Mi padre se sonrió.

—Recuerda, que aprobastes mis amores, diciéndome que nunca contrariarías mi voluntad.

—Y ahora te digo lo mismo,—me interrumpió.

Quiero que te cases á tu gusto.

Además, yo voy siendo viejo para meterme á casamentero.

—Pues bien, papá, ha llegado el instante de que me ayudes á conseguir mi dicha,—al pronunciar estas frases me quedé mirándole para ver el efecto que le producian.

Mi padre, después de sonreirse cariñosamente, me dijo:

—Es mi obligación y estoy dispuesto á ayudarte en todo lo que necesites.

¿Qué quieres?

—Que hables á la familia de mi amada, y que en mi nombre pidas su mano.

Que vean que no soy un cualquiera, que pasa el tiempo en devaneos.

Que la digas que tan pronto como concluya mis estudios, me casaré con ella...

—¿Y es eso lo que te trae tan inquieto y sin permitirte conciliar el sueño?

¿Lo que te destroza el corazón?

Hijo mío, te apuras por muy poca cosa,—me interrumpió alegremente, á la vez que extendía el brazo para tirar del cordón de la campanilla; mas se contuvo agregando:

—¿Y cuándo quieres que hable con la familia de tu amada?

—Cuanto antes mejor.

Su padre, según mis noticias, es un caballero muy formal.

Es magistrado de la audiencia y por las mañanas puedes encontrarle en su despacho.

Yo creo, que no te negará la mano de su hija en cuanto sepa cuales son mis intenciones, y lo mucho que me afano por terminar mi carrera.

Es más y si tú me lo permites, matriculándome en enseñanza libre, me comprometo á terminarla antes de dos años,—proseguí con vehemencia.

Pero ya mi padre no me oía, su semblante se demudó, y como si hubiese oído mal, me repuso:

—¿Dices que su padre es magistrado de la audiencia de Madrid?

—Sí, señor.

Al oír esta respuesta, no pudo contener un ademán nervioso, y fijando en mí su mirada penetrante, me repuso con una entonación que me hizo temblar:

—¡O tú ó yo estamos locos!

Lo que acabo de oírte no se explica de otro modo.

¿No me dijiste que estabas perdidamente enamorado de Lucrecia?

¿A qué obedece este cambio?

—¡Yo, papá! ¡Nunca te he dicho que amase á Lucrecia!
—contesté admirado de lo que acababa de oír y sintiendo que un secreto terror se apoderaba de mi espíritu.

—¡No me lo niegues!—repuso mi padre severamente.

—¡Pero si en mi vida la he dicho una palabra de amor!

¡Si nunca se me ha ocurrido pensar en que mi hermana política pudiera ser mi esposa!

—Te he dicho que esas disculpas son inútiles y que no estoy dispuesto á ayudarte en tus devaneos.

—¡Oh! no puede usted figurarse el daño que me hicieron estas frases.

Sentí que mi corazón se destrozaba, que todas mis ilusiones se desvanecían con igual facilidad que una de esas pompas de agua de jabón que hacen los muchachos para entretenerse y agregué:

—No, papá, estás equivocado; si dudas de mis frases puedes preguntárselo á Lucrecia y te convencerás de que yo nunca la he dirigido una palabra amorosa.

La mujer á quien amo con todo mi corazón, se llama Elisa.

Es tanto lo que la adoro que no podré amar á otra, ni vivir sin ella.

Con los ojos arrasados en lágrimas y entonación de súplica, referí á mi padre cuanto me había sucedido.

Durante mi relación cambió su rostro más de una vez de color.

A cada momento crecía su despecho y oprimiéndose la cabeza con ambas manos, repuso:

—¡Bonito papel me has hecho representar!

Pero anda, que en el pecado llevarás la penitencia.

No cuentes conmigo para nada.

Solamente al acordarme que he dicho á Margarita que amabas á su hija, me dan intenciones de estrangularte,—terminó mi padre lleno de furor.

En vano fué que me postrase de hinojos, suplicándole que me ayudase á conseguir mi felicidad.

Mis súplicas y ruegos fueron inútiles y á ellas me contestó despreciativamente:

—Déjame en paz, no quiero ni verte.

Medio loco de dolor, abandoné el despacho.

Al salir, vi á mi madrastra, que fingía dirigirse en busca de su esposo.

Al pasar por su lado me dirigió una mirada extraña; era indudable que había escuchado nuestra conversación,—terminó el sacerdote.

—¿De modo que cuando su padre de usted se convenció que se había equivocado, entonces retiró sus ofrecimientos?—repuso la enferma.

—Sí, señora,—añadió el sacerdote suspirando.

Para él mi matrimonio con Lucrecia, era ya cuestión de amor propio.

Su esposa y él habían hecho mil cálculos sobre nuestra boda, sobre lo muy felices que seríamos y en lo acertado de mi elección.

Pero más que nada, lo que sentía mi padre era el disgusto que iba á recibir doña Margarita.

—Lo comprendo, su esposa le dominaba completamente, y cuando una mujer sabe hacerse dueña de la voluntad de un hombre, sus deseos están sobre todas las cosas,—agregó la enferma.

—¡Ay! desde aquel día comencé á comprender cual era la conducta de doña Margarita.

Las palabras de mi padre fueron una revelación.

Cuando me hube serenado algún tanto, comencé á pensar sobre la conducta de mi madre política, y ví claramente que había mentido de un modo infame.

La repugnancia, que tanto ella como su hija me inspiraban, transformóse en odio.

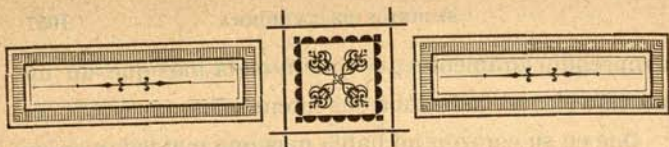
Recordando el interés que parecía tomarse por mi,

comprendí claramente, que no era nada más que un medio bajo el cual disfrazaba sus intenciones.

Que en su corazón no había más que maldad, y en una palabra, la venda cayó de mis ojos y vi claramente cual era mi situación.

Ojalá que mi padre hubiese conocido la perversidad de su esposa lo mismo que yo.





CAPITULO CII

A Válladolid

DESPUES de algunos instantes de silencio, durante los cuales el padre Salvador enjugó las lágrimas que humedecían su semblante, prosiguió:

—Al quedarse solo mi padre, permaneció pensativo algunos minutos, no sabiendo cómo salir de la situación en que se encontraba.

Ante todo, ya le he dicho que mi padre temía disgustar á su esposa.

Por fin, comprendiendo que mi madrastra no tardaría mucho en conocer la equivocación de que fué víctima, se decidió á decirle lo que sucedía.

En el momento que iba á tirar del cordón de la campanilla, penetró mi madre política en el despacho, diciéndole:

—Acabo de ver salir de aquí á Salvador.

Va triste y lloroso, ¿qué le sucede?

—¿Qué ha de sucederle? que á los jóvenes de su edad que se les dan alas, quieren volar tanto como las águilas, y cuando se encuentran con que no pueden, buscan quien les ayude.

Pero en fin, de estas cosas no tiene nadie la culpa más que yo, que le he dado mucha libertad, pero te prometo que desde hoy he de atarle muy corto.

—Permíteme que me calle, pues en los asuntos que se refieren á tu hijo no quiero tener la más pequeña participación.

Soy su madre política, y el día de mañana pudieran decir que era yo la causante de sus disgustos,—repuso doña Margarita intencionadamente.

—No mujer, tú no tienes la culpa de lo que sucede, ya te he dicho que soy yo.

Desgraciadamente esta cuestión has de conocerla porque te interesa lo mismo ó más que á mí.

—¿Qué sucede entonces?—repuso doña Margarita fingiéndose sobresaltada.

—¡Que ha de suceder! una botaratada de ese mono.

Hace poco me ha dicho que tiene el corazón hecho pedazos, y una porción de tonterías, que no sé cómo no me ha faltado la paciencia para oírle.

—¿Y qué más?

Mi padre, haciendo acopio de valor, añadió:

—Que está perdidamente enamorado de una joven que se llama Elisa.

—Pero José, ¿es cierto lo que me dices?—repuso con fingida admiración.

—Así me lo ha dicho él mismo.

—¿Pero tú no me dijiste que amaba á Lucrecia?

—Sí, eso creí, y estoy seguro que así me lo ha manifestado él; pero ahora ha cambiado de parecer, y todo aquel amor inextinguible; no era más que un puro devaneo.

—¡Dios mio que desgracia!—añadió doña Margarita juntando las manos y elevando en actitud suplicante al cielo su mirada.

—Dices bien;—replicó mi padre, que realmente no sabía qué contestar.

Es una desgracia, tener un hijo que parece formal, en el que he creído ver condiciones muy recomendables, y que á última hora resulta que es una cabeza destornillada que tendré que sentar, convirtiéndome en cabo de vara, y dándole una paliza diaria.

—No, José; ¡por Dios no hagas eso!

¿Qué dirían de mí si supiesen que le castigabas?

Me harían responsable de ello.

Además, él me odiaría con todo su corazón.

—El hará lo que yo le mande.

Si cree que como hasta aquí va á gozar de una libertad completa, se equivoca; yo haré ver á ese mequetrefe que conmigo no se juega.

—No, José, déjale en paz, que siga como hasta aquí.

El daño ya lo ha hecho,—repuso doña Margarita, llevándose el pañuelo á los ojos para enjugar su fingido llanto.

Aquellas lágrimas, cayeron sobre el corazón de mi padre como si fuesen plomo derretido.

—¡Oh! doña Margarita sabía obrar con acierto.

Por el pronto, empleaba uno de los principales resortes que tiene la mujer á su disposición, para conquistar la voluntad de su esposo.

La mujer que llora á tiempo, consigue lo que desea,—añadió Soía.

—También habrá usted oído decir, que el cocodrilo, después de devorar una víctima, imita el llanto de las criaturas pequeñas, para poder precipitarse sobre los que acuden en su socorro.

Así eran las lágrimas de mi madre política, como las del cocodrilo.

Ya había causado mi desgracia, pero entonces disponíase á emplear los medios de hacerla mayor.

Mi padre tornó á repetir que sería muy enérgico conmigo, ella procuró calmarle, y le dijo:

—Ya cuanto hagas es inútil.

El daño causado por Salvador, no tiene remedio.

¡Pobre hija mía!

Un proyectil que hubiese estallado á los piés de mi padre, no le habría sobresaltado tanto como esta exclamación.

Parecía que ya no se acordaba de Lucrecia.

—¿Qué dices?—agregó.

—La verdad.

No sé cuáles serán las consecuencias de la conducta de Salvador.

Mi hija le quiere con toda su alma, yo, fiada en lo que tú me dijiste y deseando verla feliz, he contribuido á aumentar esa pasión.

Ahora considera cual será el disgusto que reciba tan pronto como sepa que Salvador no la quiere.

—¡Oh! ese muchacho se ha propuesto matarme de un disgusto.

¡No sé cómo arreglar esto!

Mi padre acababa de tragar el anzuelo.

Mi madrastra había conseguido traerle al terreno que deseaba; hecho esto estaba segura de conseguir lo demás.

—Es inútil cuanto hagas,—añadió,—al corazón no puede mandársele.

Lo mismo que resiste á los consejos no obedece á los golpes.

Salvador es hombre y por lo tanto goza de completa libertad ¿pero y mi hija? ¡Dios mío, qué será de ella!

Es joven, no conoce los desengaños de la vida, su alma virgen levantó un altar en su pecho al amor que tu hijo la inspiraba, en él reconcentró todas sus ilusiones; más de una vez al quedarse dormida, habrá soñado con Salvador, pensando en su futura dicha.

A su edad los desengaños son terribles, y sobre todo cuando nos le produce el primer amor.

Mi padre quedó anonadado bajo el peso de estas frases.

Doña Margarita, después de aparecer esforzarse en reprimir el llanto, continuó:

—Además las circunstancias en que queda no pueden ser más difíciles.

El primer amor nunca se olvida y cuanto yo la diga para consolarla será inútil.

Hay que tener en cuenta, que Lucrecia ha de ver á Salvador continuamente; en fin ¡Dios mío! sólo al acordarme de lo que puede suceder parece que me vuelvo loca,—terminó mi madre política llorando con falsa amargura.

—Pero esa mujer no sabía que usted estaba enamorado de Elisa, ¿entonces á qué alarmar á su esposo de aquel modo?

Además, y dada su suspicacia, también debió conocer que usted nunca sería esposo de Lucrecia.

Solamente lo hecho por ella, puede explicarse como una venganza; mas en mi concepto creo ya muy suficiente la que tomó al descubrir al magistrado los amores de su hija,—repuso la enferma.

—No era bastante, la venganza para ella era asunto muy secundario.

Ante todo, quería impedir que Elisa y yo volviésemos á vernos, esperando que con la ausencia me olvidase de ella.

—¿Pero Elisa, no había salido de Madrid? ¿No lo sabía doña Margarita?

—Sí, señora; mas esto no la satisfacía.

Dentro de un mes ó dos sería casi seguro que el magistrado y su hija regresaran á Madrid y, á pesar de los obstáculos que nos pusieran, nosotros encontraríamos medio de volver á comunicarnos.

—Comprendo cuales eran sus intenciones,—objetó la enferma.

—¿Y qué le hemos de hacer?—añadió mi padre cada vez más confuso ante el sesgo que tomaba aquel asunto.

—¡Oh! si quieres seguir mi consejo, yo no veo más que un remedio.

—¿Cuál?

—Mandar á mi hija á un colegio.

Triste es que paguen justos por pecadores, mas ¡qué ha de hacerse!

Al menos en el colegio no verá á Salvador, y sus compañeras la distraerán, haciéndola olvidar en parte sus pesares.

Ya puedes comprender que este sacrificio ha de sernos á las dos muy doloroso, mas le hago porque no hay otro remedio.

Ante todo la salvación de Lucrecia, y ésta no puede conseguirla, mas que estando lejos de tu hijo.

—Eso, de ninguna manera he de consentirlo.

Quien ha cometido la falta, que sufra la pena.

Salvador irá á estudiar á otra parte,—repuso mi padre vencido por las lágrimas de doña Margarita.

—Al fin,—objetó Sofia.

—Aun no,—añadió el sacerdote.

Faltaba más de un mes para que comenzase el curso, y mi madre política, ya que consiguió el triunfo, quería que éste fuese completo; con este fin contestó á mi padre:

—Entonces permitirás que Lucrecia pase fuera de casa el tiempo que falta para que Salvador vaya á estudiar á otra parte.

—De ningún modo. Lucrecia no se separa de nosotros.

Mi hijo saldrá inmediatamente de Madrid, pues yo tampoco quiero tenerle más tiempo á mi lado.

Mi padre, acercándose á la mesa, se puso á escribir.

—¿Qué haces?—preguntó doña Margarita.

—Redactar un telegrama para un amigo de Valladolid, preguntándole si hay en aquella población alguna academia que admita alumnos internos.

No quiero mandar á Salvador en casa de mi amigo, porque en ella tendría más libertad de la que conviene.

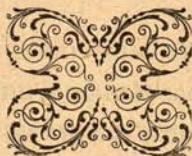
Verás como estando sujeto en una academia se le bajan los humos, y sienta la cabeza ese botarate.

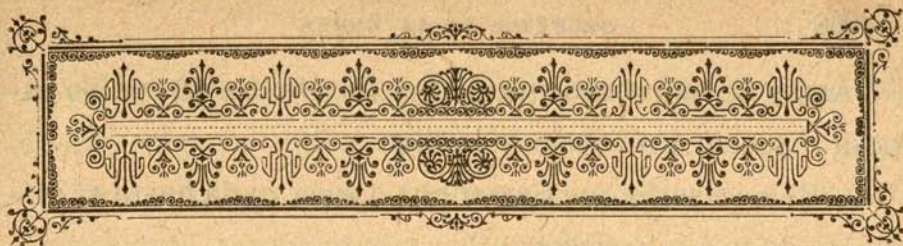
—¿Doña Margarita estaría satisfecha?—interrumpió la enferma.

—¡Oh, sí! gracias á su astucia, acababa de conseguir cuanto deseaba.

Mi padre, para consolar á su esposa, la dijo:

—Ya verás que tranquilos nos quedamos tan pronto como Salvador esté en Valladolid.





CAPITULO CIII

Lo positivo

Mi padre, para castigarme, hizo que poco antes de la hora de comer entrara una de las criadas en mi cuarto, diciéndome:

—Señorito, ¿dónde le pongo la mesa?

—Donde tú quieras,—repuse maquinalmente no dando importancia al hecho, pero pensando luego sobre él, me dije:

—Mi padre no quiere verme á su lado ni á las horas de comer, no puede figurarse cuánto se lo agradezco, pues así me libra de la presencia de Lucrecia y de doña Margarita.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, se repitió la misma escena.

Antes de marcharse mi padre al café, habló con su esposa respecto á mi viaje, y la dijo:

—Es necesario que Salvador no sepa nada hasta el momento de ir á la estación.

De este modo evitaremos algún disgusto, no sea que ese muchacho antes de salir de Madrid tenga el atrevimiento de presentarse á la familia de su novia.

—No me parece mal pensado; por más que hasta ahora no hay motivos para creerlo así.

Desde ayer no ha salido de sus habitaciones, sin duda se encuentra incomodado y no quiere hablar con nadie.

—Hace bien.

En aquel momento penetró una criada en la estancia llevando un telegrama en la mano.

Era la contestación del amigo de mi padre, después de leerle dijo á doña Margarita:

—Vaya, todo está arreglado.

En Valladolid hay una academia particular en la que le admitirán de interno, no saliendo de ella más que las horas necesarias para ir á clase á la Universidad.

Mi amigo me dice que el establecimiento reúne buenas condiciones, y que por lo demás tendrá Salvador mucha sujeción.

De modo que le arreglas la maleta y en el expreso de esta noche le haré partir.

Vuelvo á encargarte que no le digas nada, pues quiero ver el efecto que le causa la noticia cuando le diga que se disponga á acompañarme á la estación.

—Descuida, no le diré nada; pero no veo la necesidad de que salga de aquí esta misma noche.

Vale más que lo dejemos para mañana y así nos queda más tiempo para arreglarle el equipaje.

—¡Bah! eso nada significa, á un estudiante con poco equipaje le basta.

—De todos modos no hay necesidad de precipitar las cosas.

—Como á ti te parezca.

Yo me voy al café; si á mi regreso me dices que está dispuesto lo necesario para el viaje, sale esta noche, y si no mañana por la tarde.

—Qué conducta más extraña la de don José.

No me explico que mirase un asunto tan importante con tanta indiferencia,—interrumpió la marquesa.

—La falta en medio de todo no era suya; habiase convertido en autómata de los caprichos de su esposa.

Así que quedó sola doña Margarita, púsose á pensar sobre las consecuencias que podria tener para ella mi viaje á Valladolid y se dijo:

—¿Qué adelanto con que Salvador salga de casa?

En realidad nada más que aumente en su pecho el odio que me profesa.

Me parece que en esta ocasión no he pensado bien lo que he hecho.

Además, ¿quién iba á figurarse que ese diablo de muchacho se atreviese á dar el paso que ha dado?

Nadie; á su edad falta valor para ciertas cosas; sobre todo José me ha puesto en un compromiso al descubrir á su hijo que fui yo quien le dije que estaba enamorado de Lucrecia...

En fin, Margarita, piensa con calma; tu situación es difícil, y á poco que te descuides pierdes la partida...

Desde Valladolid á Salvador le será muy fácil averiguar el paradero de su amada.

Y entonces ¿quién sabe lo que puede suceder?

Ella le quiere con pasión, al menos así me lo ha descubierto el fuego de sus miradas.

Son muy jóvenes y á su edad, se salta por encima de todas las consideraciones.

La familia de ella se opone á que siga tonteando con Salvador y esto puede llegar á desesperarlos, y entonces un rapto puede parecerles la cosa más natural y la única solución que encuentran los amantes, para ver satisfechos sus deseos.

—¿Mal concepto tenía su madre política de Elisa?—interrumpió la enferma.

—No se le podía exigir que le tuviese mejor.

La juzgaba con arreglo á lo que ella hubiera hecho en un caso semejante, y nada más.

—Es verdad, que la que no tenía el menor escrúpulo en seguir con usted una conducta tan incalificable, no iba á

detenerse ante consideraciones que sólo tienen en cuenta las personas celosas de su honra.

—Doña Margarita comprendió que no había obrado cuerdamente al poner los medios para que yo saliese de Madrid.

Desde el momento en que estuviese fuera de su vigilancia, dejaría de estar al corriente de mis actos.

Mas ¿cómo detener mi partida?—se preguntó.

Bajo ningún concepto y después de lo que había hecho podía decir á su esposo:

«José, lo mejor es que tu hijo no salga de Madrid.»

Como es natural, mi padre querría saber las causas de este cambio de opinión.

¿Qué razones iba á darle?

Ninguna; además era muy fácil que este cambio de conducta le hiciera sospechar y si nacía en él la desconfianza. Doña Margarita concluiría por perder el dominio que ejercía sobre él.

—¿De manera que su madre política ya no deseaba que usted se separase de su lado?

¿Entonces que plan era el suyo?

—El de obrar con arreglo á las circunstancias, empleando todos los medios posibles para conseguir sus fines.

—Pues su situación era bastante difícil,—añadió Sofía.

—Para otra sí; mas en ella esta clase de obstáculos tenían poca importancia.

Verdad que en el mundo lo que impide que ejecutemos ciertas acciones es el sentido moral, base del honor y del decoro, así es que tan pronto como se pierde desaparecen todos los escrúpulos.

Escuche usted cual fué la idea que se le ocurrió para detener mi viaje.

Rápidamente se dirige en busca de Lucrecia, vuelve con ella al despacho de mi padre por ser el sitio de la casa más seguro donde celebrar una conferencia; sin que nadie pueda oirla, y le dice:

—Hija mía, ya has visto que desde ayer Salvador no come en la mesa con nosotros.

¿Conoces la causa?

—Me parece que sí, que él no me quiere y su padre está disgustado por esta razón.

—Y yo también.

—¿Ves como no me equivoqué al decirte que Salvador no estaba enamorado de mí?

—Lo sabía; pero eso no era razón suficiente para que yo desistiera de mis propósitos.

—Pues ahora no hay que pensar en mi casamiento con él.

Desde la noche que le ví hablando en el teatro con aquella joven, me convencí de que nunca sería esposa de mi hermano político.

—Pues ahora menos que nunca debemos abandonar nuestra idea.

Salvador es riquísimo y llegará un día en que poseerá un capital de más de diez millones de reales.

Considera que un partido tan ventajoso como ese es muy difícil de encontrarlo en los tiempos que vivimos.

—¿Qué se le va á hacer?—repuso Lucrecia tristemente.

—¿Es decir que te resignas á perderle?

—Si no hay otro remedio, ¿qué quieres que haga?

Con pasarme el día llorando nada he de conseguir.

—¿A tí te parece que no hay otro remedio? pues te equivocas.

Afortunadamente estoy á tu lado para aconsejarte lo que te conviene hacer.

Escúchame:

Ya comprenderás que es muy difícil que ningún rico solicite tu mano sabiendo que no puedes llevarle ni el dote más pequeño.

—¡Bah! ¿quién sabe? Puede alguno quererme sin interés.

—Déjate de tonterías. Esas son ilusiones de la juventud que el tiempo se encarga de desvanecer, precisamente cuando no se puede remediar el mal.

Hay que ser más práctica y rendir culto á lo positivo.

Nosotros hoy vivimos divinamente.

Nada nos falta y nuestros caprichos se satisfacen en el acto, mas esto se debe al dominio que ejerzo sobre mi esposo.

Nuestra vida de comodidad y bienestar es ficticia, carecemos de recursos para sostenerla y el día que José muera ¿qué será de nosotras?

Volveremos á vernos en una situación tan triste como antes: tendremos que sostener de nuevo la lucha con las miserias, sufriendo toda clase de privaciones.

¿Y es posible que podamos conformarnos á vivir en la oscuridad, después de haber brillado tanto?

—Es verdad. A mi me sería muy doloroso verme de nuevo cercada de privaciones.

Eso de tenerse que arreglar una los vestidos, no poder ir al teatro, ni pasearse en coche, es terrible,—repuso Lucrecia, tristemente.

—Así me gusta que pienses.

Que comprendas que para vivir en el mundo á gusto, es necesario tener dinero.

Ahora, escucha lo que nos espera, si no haces lo que yo te mande.

Salvador de día en día nos odia más, y con mayor razón después de lo sucedido ayer.

Así es que tan pronto como se vea dueño de su fortuna, el mismo día tal vez que muera su padre, nos arrojará de su casa.

Lucrecia se tapó el semblante con horror; la miseria espantaba á su espíritu, falto de virtud para resistir las contrariedades de la vida.

—Pues bien; antes de que esto suceda, es necesario conseguir la victoria.

Lo que exijo de tí no puede ser más fácil.

Tu papel se reduce á llorar mucho y á contestar afirmativamente á cuanto yo diga á mi esposo.

Sea ello lo que quiera, tú no te asustes.

—Bien, mamá; pero no digas cosas que no sean verdad y que me hagan perder mi reputación.

—No te importe nada de lo que se me ocurra decir.

—Es que si perdemos la partida, me inutilizo para siempre; y en ese caso, dime, ¿cuál es el porvenir que me espera?

—Hija mía, el asunto es muy difícil, y por lo tanto, hay que jugar el todo por el todo.

Considera que si Salvador sale de Madrid, ya no hay que pensar en que sea tu esposo.

Es muy poco lo que te exijo. No olvides que arriesgamos diez millones, y que el ser dueñas de ellos depende sólo de tu habilidad en representar el papel que te he indicado.

La joven, después de vacilar algunos instantes, repuso:

—Bien mamá; haré lo que me mandes.

—Así me gusta, que te dejes guiar por la que conoce tus intereses;—repuso doña Margarita abrazándola con efusión.





CAPITULO CIV

Justicia nada más

URISTE recompensa á su asentimiento, Lucrecia podía hallarse satisfecha de su madre, que dicho sea de paso, no tuvo que luchar mucho para vencer sus escrúpulos;—añadió la enferma.

—¡Bien sabe Dios que de lo sucedido entonces no eché gran culpa sobre ella!

Prescindiendo de los que nacen predestinados para el mal á la juventud, le sucede lo que á los árboles: crecen con la inclinación que quiere dárselos.

El arbusto que desde pequeño se le guía bien, se desarrolla recto y lozano.

Con Lucrecia sucedía lo contrario: su madre la guiaba mal y no podía ser buena recibiendo tan fatales enseñanzas.

Diez millones eran una verdadera fortuna para dejar que otra mujer la disfrutase.

Con objeto de que del alma de la joven desapareciesen los últimos escrúpulos, doña Margarita continuó diciéndola:

—Suponte que nosotras ayudamos á Salvador en sus amores.

¿Qué dirías el día de mañana que vieses á otra mujer gozando de su posición y sus caricias, en tanto que tú sufrías mil privaciones?

La joven no contestó; mas el fuego de la ira apareció en sus ojos.

—¡Oh! ¡qué madre más infame!

No satisfecha con lo que había conseguido, para asegurar la sumisión de la joven, despertaba en su alma el fuego de la envidia.

Esa pasión que envuelve el espíritu de la mujer, lo mismo que la avalancha al caminante que encuentra á su paso.

No sé si el Mefistófeles que nos pinta Goethe debió sonreirse del mismo modo que doña Margarita; mas en aquel instante, la expresión de su rostro tenía mucho de infernal.

—Ahora lo que has de hacer es retirarte á tus habitaciones;—dijo á su hija.

Llora mucho, para que cuando yo te llame tengas los ojos irritados.

—¡Ay! ¡no tanto que se me pongan malos!—replicó la joven, no pudiendo resistir un sentimiento de coquetería.

Mi madrastra quedóse en el despacho esperando la vuelta de mi padre.

Tan pronto como le oyó que llamaba, púsose á enjugar las lágrimas.

Cuando mi padre apareció, ella hizo que sus sollozos fueran entrecortados, y aparentando no haberse apercebido de su presencia siguió tapándose el semblante con el pañuelo.

Lleno de inquietud, mi padre la preguntó:

—¿Qué te sucede?

—¡Ay, José! ¡es muy grave lo que me pasa!

—¿Está enferma Lucrecia?

—¡Sería preferible que lo estuviese!—añadió con acento desgarrador.

Mi padre, acordándose de mí, la respondió:

—Apuesto á que Salvador es la causa de tus lágrimas.

Doña Margarita hizo un signo afirmativo.

—¡Oh! ese no saldrá de Madrid sin que yo le sienta la mano.

¿Acaso ha tenido la audacia de faltarte al respeto?

—No; y si lo hubiese hecho, se lo perdonaría de buena gana.

Lo que sucede es mucho más grave; es una cosa que, aunque en un tiempo me la temí, en vista de tus seguridades no la esperaba.

Mi padre, no comprendiendo el significado de estas frases, miró á doña Margarita con extrañeza.

—¿Quieres decirme lo que sucede?—la repuso.

—Que Salvador no puede salir de Madrid.

—¿Y eso?

—Escúchame.

Cuando me dijiste que Salvador te había confesado la pasión que mi hija le inspiraba, te manifesté mis temores de que viviese al lado de Lucrecia.

Tú, para tranquilizarme, me respondiste que nada temiese, que tu hijo era un caballero y que no abusaría de la inexperiencia de Lucrecia, pero esto no ha sido así ni mucho menos.

—¿Estás segura de lo que dices?—la interrumpió mi padre.

—Desgraciadamente, lo estoy.

Mi padre no fué dueño de reprimir su enojo, y con acento desesperado, añadió:

—Nunca creí que Salvador fuese tan miserable.

Pero no te aflijas que, ó le mato, ó le hago reparar la falta que ha cometido.

Mi madrastra, al ver que se dirigía hacia la mesa del despacho, tal vez porque creyese que iba en busca del revólver, ó con objeto de dominarle mejor, se abrazó á él, diciéndole con acento de angustia:

—José, ¡por Dios! ¡no cometas un desatino!

Considera que nada conseguirás por medio de la fuerza.

¡Pobre hija mia, perdida para siempre!

Arrastrado por doña Margarita, mi padre se dejó caer en el sofá.

En su semblante veíase retratada la más profunda indignación.

Después de algunos instantes de silencio, no pudiendo dar crédito á lo que adivinaba, repuso:

—Parece mentira que mi hijo haya procedido tan villanamente.

—¡Oh! te suplico que me escuches con calma.

Considera que ya lo hecho no tiene remedio y que mi hija ha de sufrir su desgracia.

—Habla,—respondió mi padre con aparente tranquilidad.

—Cuando te fuistes me dirigí al cuarto de Lucrecia, que me preguntó por qué causa Salvador no comía con nosotros.

Entonces la dije que estaba ocupado en hacer los preparativos para el viaje.

—¿Dónde se va?—me contestó.

A Valladolid.

—¿Y tardará mucho en volver?

—¡Quién sabe!

Al oír esta contestación se abrazó á mí, y llorando amargamente, me dijo:

—¡Ay! mamá, yo no quiero que se vaya.

Le amo mucho para separarme de él, y además...

No se atrevió á concluir la frase; y adivinando lo que ocultaba, la obligué á que me confesase toda la verdad.

Pero en fin, yo estoy medio loca, y quiero que escuches á Lucrecia.

Mi madre política salió del despacho en busca de la joven.

—¡Qué miserable!

Lo que parece mentira es que á don José no se le ocurriese sospechar de ellas,—objetó Sofía con extrañeza.

—No se admire usted: mi padre no veía más que lo que querían enseñarle; allí el falso, el pervertido y el mal caballero era yo, y por lo tanto el único á quien debía castigarse.

Doña Margarita regresó al despacho conduciendo á su hija.

La joven mostrábase avergonzada y tapándose el semblante con las manos.

Después de hacerla sentar á su lado, doña Margarita añadió:

—Hija, dí á tu papá lo que te ha sucedido con Salvador.

—¡Ay! ¡no puedo decirlo! La vergüenza me mata,—repuso la joven llorando amargamente.

—Ya lo oyes. La falta valor para confesar su desdicha. No la culpes á ella; las mujeres, al amar, lo hacemos

con toda nuestra alma;—al mismo tiempo que decia esto envolvía á mi padre con una mirada de fuego.—¡Somos débiles porque amamos con pasión!

—¡Ay, mamá! ¡Le quiero tanto, que no pude resistir y sucumbí!

¡Salvador me ha perdido!—añadió Lucrecia abrazándose á su madre.

—Ya lo oyes, mi hija al fin confiesa su desgracia.

Mi padre crispó los puños, exclamando:

—Sólo así es como puede explicarse la veleidad y la infamia de mi hijo.

Después que ha visto satisfechos sus deseos, olvida á la que juró amar con toda su alma.

—¡Oh, sí! Mil veces me dijo que me amaría eternamente, que yo era la mujer elegida por su corazón y que no se casaría con nadie más que conmigo,—repuso Lucrecia vivamente.

—Juramentos falsos, palabrería hueca con la que se engaña á las jóvenes inocentes como tú,—respondió mi padre.

Hija mía, has hecho mal en dar oídos á las insidiosas palabras de Salvador.

—Harto tendrá que llorarlo toda su vida,—exclamó mi madre política.

—¡Oh, no!—repuso mi padre enérgicamente.

Por fortuna estoy yo aquí para obligarle á reparar el daño que ha hecho.

No tuvo inconveniente en olvidar sus deberes, no respetó ni que vivíais bajo el mismo techo, ni los lazos de parentesco que os unían, y su falta no quedará impune.

Yo le recordaré todo esto, y ¡ay de él! si se niega á cumplir cual corresponde á un caballero,—terminó mi padre sentenciosamente.

Lucrecia y doña Margarita se abrazaron á él.

—¡Ay, esposo mío! ¡eres el mejor de todos los hombres!
¡Me devuelves la vida!

—¡Ay, papá!—agregaba la joven,—lejos de Salvador me moriría de pena.

Le amo con toda mi alma, y yo haré todo lo posible porque sea feliz, y á cambio de un poco de amor, le pagaré con todo el que atesora mi alma.

Mi padre, abrumado por estas muestras de gratitud, respondió:

—Calmaos; nada tenéis que agradecerme.

—Eres muy bueno, cuando procedes de este modo,—interrumpió doña Margarita.

—Justicia, nada más, es lo que hago.

A doña Margarita iba costándola trabajo disimular su gozo.

Su hija correspondió con exceso á lo que podía esperar de ella.

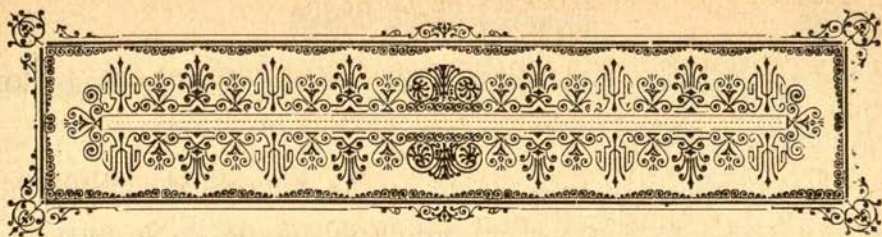
Su papel lo había representado de una manera admirable, pues no podía exigírsela que hablase más á tiempo y de un modo mejor que lo hizo.

—Es natural; con tan buenas disposiciones, era justo que supiese aprovechar los consejos de su madre.

Y sobre todo, la iban á pagar su papel generosamente.

Diez millones son una recompensa excesiva para la representación de una farsa que no puede definirse,—terminó la enferma.





CAPITULO CV

De potencia á potencia

PARA calmar el llanto de doña Margarita y de Lucrecia, mi padre volvió á repetirlas que haria que me casase con la joven; después las encargó que se retirasen á sus habitaciones, pues deseaba tener una entrevista conmigo.

Muy ajeno me hallaba de la escena que acababa de ocurrir, cuando una de las criadas me dió aviso de que mi padre deseaba hablarme.

Sin pérdida de tiempo fui á su despacho con la esperanza de que al fin se disponia á visitar á los padres de Elisa; pero mis ilusiones se desvanecieron al contemplar el semblante grave y amenazador de mi padre.

Tan pronto como me vió, sin darme tiempo á que le saludase, me dijo:

—Pensaba que esta noche, ó lo más tarde mañana marchases á Valladolid, á continuar tus estudios; pero los hombres que proceden del modo que tú lo has hecho, no son dignos de tener una carrera.

Estas frases me llenaron de asombro y extrañeza, y repuse:

—Papá, no creo haber hecho nada, por lo que merezca se me trate de un modo tan duro.

—Consulte usted con su conciencia,—me repuso con sequedad.

Este cambio de tratamiento aumentó mi inquietud, pues cuando mi padre me trataba de usted, era señal evidente de que hallábase muy enojado conmigo.

Después de meditar unos instantes, contesté:

—Papá, mi conciencia no me acusa de nada malo.

Tampoco pretendo que mis actos sean irreprochables, tal vez haya cometido alguno que merezca reprensión; mas lo que sí puedo asegurarte, es que no soy merecedor de la dureza con que acabas de tratarme.

Soy joven y aun no puedo apreciar bien el alcance de mis acciones, y á no ser por esta circunstancia, desde ahora mismo te respondería categóricamente que estás en un error al tratarme con dureza, por lo demás mi conciencia está tranquila y de nada me acusa.

Mi padre me dirigió una mirada penetrante, llena de

indignación y de ira; y con acento en que claramente se adivinaban los esfuerzos que hacía por aparecer tranquilo, me respondió:

—Es ya lo único que te falta, añadir el cinismo á la villanía.

No te importe seguir el sendero del mal, para prosperar por ese camino se necesita ser hipócrita y cobarde, y desgraciadamente parece que tienes buenas disposiciones para ello.

Estas palabras me llenaron de indignación; pero era mi padre quien las decía y me contuve.

Si las hubiera pronunciado otra persona, es bien seguro que antes de contestarlas le hubiese cruzado el rostro, pues entonces creía que el que toleraba una frase denigrante sin vengarla en el acto, estaba deshonorado.

—Veo que no me respondes,—continuó mi padre con ironía.

Por lo visto, conoces que no he de dejarme engañar y prefieres callarte: haces bien.

—Pero papá,—le objeté,—no comprendo tu lenguaje ni tu intención.

No oigo más que frases acusadoras, que á juzgar por ellas, podría decirse que he cometido uno de esos crímenes que horrorizan á la humanidad.

¿De qué se me acusa?

—Da gracias á Dios que he prometido no violentarme: de lo contrario, ante tu cinismo te hubiera castigado como mereces.

¿Que de qué te acuso me dices?

Pero es posible que aun quieras oirlo de mis labios.

¿No te lo dice tu conciencia?...

Verdad es que la tienes atrofiada; pero como no te falta memoria, consúltala y verás,—terminó con acento balbuciente por la ira.

Ya no pude sufrir más, y sin perder mi actitud respetuosa, le contesté con energía:

—Mi conciencia no me acusa de nada malo, en cambio mi memoria me recuerda muchas cosas.

Hace tiempo que á mi alrededor trata de formarse cierta atmósfera, ¿con qué fin? no lo adivino con certeza; pero sí sospecho que no tiene nada de noble, ni de desinteresada.

—¿Usted se refería á su madre política?—interrumpió la marquesa.

—Sí, señora; acababa de recordar las palabras de mi padre, respecto á su creencia de que yo estuviese enamorado de Lucrecia.

Mi padre, después de sonreirse irónicamente, me contestó:

—¡Muy bien! si hago caso de tus palabras aun va á resultar que eres un infeliz que sufre injustamente el martirio de los que le rodean.

¿No es eso?

Pues bien, como todas las cosas tienen su límite y mi paciencia va llegando al suyo, queriendo evitarte la molestia de que sigas buscando frases tras de las cuales escudes tu inicuo proceder, voy á decirte lo que has hecho.

Creyendo que eras caballero y que por lo tanto cumplirías la promesa que me hicistes, me cuidé poco de vigilar tu conducta, y gracias á esto pudiste burlarte de nosotros y olvidándolo todo, has concluido por manchar mis canas, procediendo como un miserable;—terminó mi padre con el más profundo desprecio.

Al pronto no supe qué contestar; una oleada de sangre enrojeció mi rostro.

Decidido á terminar cuanto antes aquella situación que tan poco me favorecía, le contesté:

—Eres muy injusto conmigo: hasta ahora no oigo de tus labios más que frases que me mortifican en alto grado.

Si tan seguro estás de que soy culpable, ¿por qué no me dices cual es mi delito?

—Porque quería ver antes hasta dónde llegaba tu cinismo ó si el grito de la conciencia hacía que te arrepintieses.

Porque también creí que á la primera insinuación que te hiciese, caerías ante mí de rodillas, diciéndome: «Papá, es cierto que he cometido una falta muy grave, pero estoy dispuesto á repararla, cuando tú lo dispongas;» pero ya

que nada de esto sucede, te diré que has abusado de la inocencia de Lucrecia, prometiéndola que te casarías con ella, y que satisfecho un deseo liviano, la olvidas por otra mujer.

Es imposible describir el asombro que estas frases me causaron.

Al pronto no supe qué contestar, mas repuesto de la sorpresa, contesté con energía:

—Papá, lo que me dices no es cierto: te han engañado villanamente.

—¿Qué me han engañado?

—Sí: repito lo que te dije ayer, yo nunca he dirigido á Lucrecia la menor frase amorosa y por lo tanto, no he podido prometerla que la haría mi esposa.

—No me extraña que contestes de ese modo: estás decidido á disimular, á mentir, y cuando un caballero se olvida de lo que es, no hay nada que le detenga.

—Papá, me estás juzgando injustamente,—le objeté.

—Te estoy tratando mejor de lo que mereces.

—Recuerda que no acostumbro á mentir y que siempre procedí correctamente.

—Esa fué la causa de que te creyera honrado.

Te has servido del buen concepto que me merecías para proceder como un villano.

¡Oh! no pude más.

Mi desesperación creció de un modo terrible.

No sólo me acusaban de miserable, sino que también dudaban de mi palabra, cosa que nunca había sucedido, así es que contesté:

—Mi conciencia está tranquila, eres mi padre, y por lo tanto puedes juzgarme como lo tengas por conveniente, pero debo decirte que quien te ha dicho que yo he abusado de Lucrecia, es un miserable, merecedor de que le corten la lengua, y que no se atreverá á sostener esa infame calumnia delante de mí.

—Pronto lo veremos.

¿Persistes en negar tu delito?

—Yo no puedo confesar culpas que no he cometido.

Por toda respuesta, mi padre tiró del cordón de la campanilla.

Segundos después mi madre política penetraba en la estancia.

—¿Iban ustedes á hallarse frente á frente?—profririó la enferma.

—Sí, señora; por primera vez, íbamos á entablar la lucha de una manera franca.

Mi madrastra se quitaba la careta, pero antes había tenido buen cuidado en reforzar la venda que cubría los ojos de mi padre.

Al ver á doña Margarita, comprendí que era ella la autora de la calumnia, y mi indignación no tuvo límites, disponiéndome á contestarla como se merecía.

Mi madrastra presentóse triste y dejando ver en su semblante las huellas del llanto.

Mi padre, señalando á su esposa, me dijo:

—Aquí está quien puede confundir su cinismo con una sola frase.

—No creo que su esposa tenga valor para manchar sus labios con la más infame de las mentiras.

—Dice usted bien. No voy á mentir; desgraciadamente lo que le ha dicho su padre es verdad.

Nunca he querido mezclarme para nada en los asuntos de usted, pues éste era el único modo de que pudiésemos vivir en buena armonía; pero su proceder de usted para con mi hija, á la que ha engañado de una manera que no quiero calificar, me obligó á referirle á mi esposo la desgracia en que nos encontramos envueltos.

Una madre está obligada siempre á defender el honor de su hija.

La indignación se reflejó en mi semblante y di un paso decidido á lanzarme sobre aquella infame confundiéndola entre mis manos; pero era una mujer y me contenté con decir:

—Señora, nunca creí que su astucia y ruindad de alma llegase hasta este extremo.

Cuando me dijo mi padre que usted le había indicado que yo amaba á su hija, empecé á sospechar que algún lazo infame iba á tenderseme; mis sospechas se han confirmado.

Usted vino á esta casa sin tener nada y ahora quiere poseerlo todo...

—¡Salvador, mira lo que dices!—me objetó mi padre con entonación de amenaza.

—La verdad, padre mio; ha llegado el instante de que mi madrastra arroje la máscara con que cubría sus intenciones, y no seré yo quien se resigne á sufrir las consecuencias de su perfidia.

No tengo yo la culpa de que tú no la hayas conocido y creas cuanto se la antoja decirte.

—¡Dios mio! ¡Era lo único que me faltaba!—interrumpió mi madrastra sollozando y cubriéndose el semblante con las manos.

Mi padre, cogiéndome por un brazo, añadió con fresnesí:

—¡Salvador, ten la lengua ó no podré contenerme!

—Padre mio, haga usted conmigo lo que quiera; pero yo nunca podré permitir que se me calumnie de manera tan villana.

Ya que esta señora sostiene lo que no es cierto, llame usted á Lucrecia, á ver si ella confirma las palabras de su madre.

Doña Margarita vaciló un momento; pero temerosa de que su hija no tuviese la habilidad y el valor suficientes para sostener delante de mí aquella farsa infame, repuso con energía:

—Nunca consentiré que mi hija tenga que avergonzarse delante de su seductor.

Lucrecia no saldrá de sus habitaciones más que para ir á un convento ó á la iglesia á que usted repare la falta que cometió.

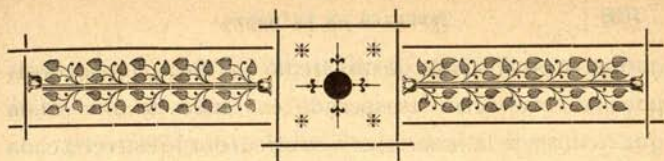
Sentí entonces que se me oprimía la garganta, que la indignación nublaba mis ojos, y solamente me contenía el respeto de que aquella mujer era la esposa de mi padre.

Doña Margarita, temiendo que yo me precipitase sobre ella, buscó refugio detrás de su esposo.

—Ya lo has oído,—me dijo mi padre sentenciosamente.
—Te casarás con Lucrecia.

—¡Nunca!—le contesté saliendo del despacho, pues deseaba cuanto antes verme libre de la presencia de mi madre política.





CAPITULO CVI

Recuerdos de la infancia

EL padre Salvador no fué dueño de contener las lágrimas que brotaron de sus ojos.

El recuerdo volvía á abrir las heridas de su corazón.

—¿Qué tormento más terrible debió usted padecer!— dijo la enferma.

—¡Oh si, señora! A los diez y seis años sobra vehemencia y falta calma para meditar con tranquilidad en los instantes supremos de la vida.

Por otra parte la ceguedad de mi padre me ponía en unas circunstancias difficilísimas.

Me hallaba en una situación semejante á la del infeliz

que se ve en el centro de un círculo de fuego; nada consigue con revolverse desesperado en busca de una salida que le libre de la muerte, si á su alrededor le estrecha cada vez más el cinturón de llamas.

Entre otras cosas me mortificaba sobre manera que mi padre dudase de la veracidad de mis palabras, pues yo nunca había mentido, y era inocente y mi conciencia estaba tranquila.

—Y sin embargo pesaba sobre usted una acusación terrible.

—Que me ponía en las mismas circunstancias que al inocente á quien condena la justicia.

—Sin embargo, usted aun podía luchar, quedábanle recursos para hacer palpable su inocencia.

—¿Qué adelantaba, si mi padre seguiría dando más crédito á las palabras de su esposa que á las mías?

Mis protestas serían inútiles, sirviendo solamente para alimentar la tea de la discordia.

El único medio para calmar el enojo de mi padre, era el que yo accediese á casarme con Lucrecia.

—Muchas cosas me ha dicho usted de doña Margarita, mas confieso francamente, que nunca creí que tuviese valor para sostener delante de usted la calumnia que le imputaba.

Quando se miente de un modo tan criminal como ella lo hizo, siempre hay algo en nuestro espíritu que nos hace vacilar, es, por decirlo así, un escrúpulo que

nace sin que nosotros podamos impedirlo, — agregó Sofia.

—Eso sucede cuando los sentimientos no se han pervertido, y para salir de las circunstancias en que nos encontramos no hay más remedio que emplear la mentira; pero cuando se hace de ella una palanca que sirva para franquearnos los obstáculos, se miente con la mayor tranquilidad.

Observe usted que al que tiene la costumbre de mentir, rara vez se le colorean las mejillas y además ejerce sobre sus músculos un dominio completo.

Ahora escuche usted cuales fueron mis sufrimientos aquella noche.

Al salir del despacho de mi padre me encerré en mis habitaciones.

Aturdido, medio loco, sintiendo que me zumbaban los oídos, me dejé caer en una butaca.

En mi desesperación crispaba los puños furiosamente.

Dios me habrá perdonado las ideas que entonces nacieron en mi cerebro; pero créame usted, que si aquella noche yo hubiese podido demostrar mi inocencia vertiendo sangre, no habría vacilado en derramarla.

En aquellos instantes hubiera sido capaz de todo, in-

cluso del escándalo, con tal de verme libre de la acusación que pesaba sobre mí.

Abrumado por el peso del dolor, brotó el llanto de mis ojos.

A la edad que yo entonces tenía, las lágrimas nos ayudan fácilmente á mitigar las penas por crueles que sean.

Lloré mucho, tanto que se me escocieron los ojos.

—Lo que me piden es un imposible,—pensaba,—olvidar á Elisa, á la mujer que amo, es tanto como decirme que me haga pedazos el corazón.

Lucrecia, me inspiraba ya una repugnancia extraordinaria.

—En cambio en su pecho de usted crecería el amor á Elisa.

Lo comprendo, era suficiente que nuevos obstáculos le separasen á usted de ella, para que por esta causa aumentase la pasión.

El corazón humano es así: la contrariedad, lejos de calmar sus pasiones las excita,—terminó la enferma.

—Eso fué lo que me sucedió.

Ya no pensaba en acusar de ingrata á mi amada, pues para mí su cariño era tan firme como la mole de granito que resiste sin desmoronarse el embate de los elementos,

y pasan los siglos sobre ella sin dejar en su superficie la menor señal.

Era tan grande mi desesperación que ni siquiera pensé en acostarme. Cerca de mí estaba el lecho, y yo permanecía en la butaca como si una fuerza desconocida me tuviese sujeto á ella.

De nuevo comencé á pensar en la manera de hacer ver á mi padre que era inocente.

Cuantas ideas se me ocurrieron, tuve que desecharlas por inútiles.

Como en la carrera que yo seguía se estudian nociones de medicina legal, me acordé de un procedimiento bastante comprometido para mí, pues maldita la confianza que me inspiraba la virtud de Lucrecia.

Mas no tardé en comprender que este procedimiento no sería aceptado por mi padre, en primer término porque daría lugar á un escándalo, y en segundo porque mi madre política supo cubrirse á tiempo con el escudo de la falsa dignidad.

—No puede negarse que era astuta,—interrumpió Sofía.

—Después de comprender que si pedía á mi padre que sujetase á Lucrecia al procedimiento que prescribe la medicina legal, me rechazaría lleno de enojo, volví á caer en la desesperación.



Más de una vez me pregunté:

¿Qué haré para salir de este conflicto?

Pero ¡ay! la respuesta era siempre la misma.

Me hallaba envuelto en el caos más espantoso, en lo que pudiéramos llamar la obscuridad de las ideas.

Ni una luz, ni un solo punto que brillase de una manera imperceptible acerté á ver.

Cuando se tiene fe en Dios, en los grandes conflictos, cuando el alma se encuentra sumida en un mar de amargura, el hombre reza y acude al Sér Supremo en demanda de consuelo.

En frente de mí y encima de mi mesa había una alta cruz de nogal, y sujeta á ella la imagen del redentor tallada en marfil.

La luz del quinqué, envolviéndola en la penumbra, hacia la más grandiosa.

La imagen del que murió en el suplicio más afrentoso por redimir á la humanidad, fué la antorcha que disipó las tinieblas en que me hallaba sumido.

Ya para mí, cuanto acababa de suceder, no tenía la extraordinaria importancia que en un principio.

¡Qué de extrañío tenía que mi padre, creyese que yo era un miserable, digno del más profundo desprecio, si la humanidad llamó loco é impostor al hijo de María!

Si todo el pueblo de Jerusalén le acusó de enemigo de la paz, y entre él y un ladrón prefiriesen al segundo.

No vacilé; ante mí estaba la imagen del que tuvo valor

para enseñar á la humanidad la verdadera religión y arrancarla de los errores en que vivía, despidiendo la luz por los ámbitos de la tierra, y me dije:

--Dios mío, tú que afrontastes la persecución de los hombres, sufriendo los martirios más terribles, dame fuerzas para sobrellevar la desgracia que me aflige.

Tú sabes mejor que nadie que soy inocente, que jamás he cometido una acción por la cual tenga que avergonzarme.

Me postré de hinojos y mis labios balbucearon las plegarias que mi madre me enseñó de niño, pero ¡ay! las lágrimas humedecieron mi semblante, el recuerdo de la que me había dado el sér, se despertó en mi corazón más vivo que nunca y exclamé:

¡Madre mía, tú que desde el cielo ves lo que sufre tu hijo, socórreme!

¡Oh! ¡sí vivieses, si otra mujer no ocupara el lugar que tu dejaste al salir del mundo no me sucedería esto!

—¡Ay, padre! yo también en mis grandes aflicciones me he acordado mucho de mi santa madre.

También si ella viviese no me vería en la situación en que hoy me encuentro,—añadió la enferma llorando amargamente.

—Perdóneme usted, hija mía, si mis recuerdos evocan los suyos, pero la santa memoria de las madres siempre vive en el corazón de los buenos hijos.

Después que hube rezado, sentí que la tranquilidad co-

menzaba á reinar en mi espíritu y que mis ideas se coordinaban más fácilmente.

Al ir á besar la imagen de Jesucristo, mis ojos se fijaron en un cuadro que pendía de la pared; era mi retrato vestido de negro, con chaleco de piqué y llevando en mi brazo derecho un lazo blanco con flecos de oro.

Aquel retrato era el recuerdo de mi primera comunión.

Para que nunca olvidase aquel acto religioso, mi madre me hizo escribir al pié de la tarjeta la fecha en que aquella solemnidad tuvo efecto: la lei y precisamente aquel día hacía seis años.

Ante este nuevo recuerdo, las lágrimas tornaron á humedecer mi semblante y volví á sentarme.

La luz del quinqué, falto de petróleo, comenzó á vacilar, y en aquel instante por las entreabiertas maderas del balcón, comenzó á penetrar una débil claridad precursora de los fulgores del alba.

Alcé la cabeza y ví defumarse las copas de los árboles del jardín, teatro de mis juegos infantiles.

El gorjeo de las aves contribuyó á sacarme de la situación de ánimo en que me hallaba, me puse en pié y en aquel momento la esquila del convento cercano, anunciaba con su lengua de metal que iba á celebrarse la misa del alba.

No sé cómo, mas en mi concepto fué inspiración de Dios, se despertó en mi imaginación el recuerdo del padre Ventura, sacerdote de reconocido talento y el que, cuando

yo era niño, escuchó más de una vez mis inocentes peccadillos, y me dije:

—Es imposible que en mi casa pueda encontrar los consuelos que necesita mi alma.

El padre Ventura estará á estas horas en el confesonario, me postraré á sus piés y le referiré cuanto me sucede; la religión tiene consuelos para todos los dolores.

